

## El culto de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en el Perú

Apuntaciones breves por el doctor Enrique D. Tovar y R., de la Academia Nacional de la Historia (Caracas), de la Sociedad de Americanistas (París), de la Academia Nacional de Artes y Letras (Havana), de la Real Academia de Ciencias y Artes (Cádiz), de la Sociedad de Historia y Geografía (Puerto Príncipe), de las Sociedades Geográficas de Lima y Río de Janeiro, de los Ateneos de Lima, Buenos Aires y San Salvador; etc., etc., etc.

Dedicado a Monseñor Rafael Carrasquilla, sacerdote esclarecido, orador y humanista eminente, grande y sincero amigo del Perú; rector del Colegio Mayor del Rosario (Bogotá).

Lima (Perú): febrero 11 y 12, julio 24 a 27, y septiembre 9 y 10 de 1927.

### REMEMBRANZAS HOGAREÑAS

Desde la tierna infancia, y gracias a conversaciones de familia, como también a repetidas narraciones evocadoras que mi abuela materna suele hacer, mi cariño hacia los pueblos que formaron la Gran Colombia fue creciendo con los años, no siéndome desconocidos mil episodios del ayer colombiano, de Venezuela y del Ecuador.

Requerda a menudo mi venerable ascendiente, multitud de páginas del tiempo heroico, que a ella, a su vez, fuéronle referidas; y es así cómo la señora—tembloroso el acento aunque risueño el semblante,—trauntando el bien fundado orgullo de su acento, rememora la tragedia horrenda del 17 de julio de 1813, ocurrida en el puerto colombiano de Tumaco, o sea el fusilamiento de sus bisabuelos maternos, el coronel don Nicolás de la Peña y su esposa doña Rosa Zárate, ejecución ordenada por el presidente de la Real Audiencia de Quito, general don Toribio Montes, y cumplida por el coman-

dante don José Fábrega. Refiere cómo esos mártires de la independencia americana—nieto él del sabio Pedro Vicente Maldonado, e hijo de un «chapelón» llegado a la vieja capital de los Scyris con privilegios de la Corona de Castilla—fueron decapitados después de muertos, y enviados a la ciudad del Pichincha para ser exhibidos, designio que no realizóse gracias a las atribuladas gestiones de un realista de corazón bien puesto—el capitán Erdoiza—, quien conmovió al presidente Montes y obtuvo que aquellos sangrientos despojos descansaran bajo tierra. Rememora, asimismo, llena de fervor, a su tío abuelo—hijo de los mártires de Tumaco—, el teniente coronel don Francisco Antonio de la Peña,—una de las víctimas del 2 de agosto en el cuartel del Real de Lima, y de quien dice el escritor ambateño don Celiano Monge, que «estuvo llamado a figurar como Córdoba en las batallas decisivas, por su hermosa arrogancia y demás prendas militares» (1). Y, siempre hablando de los tiempos de la Epopeya, narra muchas de las peripecias que, en el segundo sitio del Callao, saborearon mis tios bisabuelos, peléandose, con dinero abundante en mano, por un gordo ratoncillo, o por un suculento pedazo de cuero que había protegido, a manera de cubierta, algún viejo baúl; como también de las «fortunas» desaparecidas al lado de Rodil, a fin de librarse de la inminente avitaminosis segadora....

Incontables son las tradiciones de familia que me son transmitidas aún por mi abuela. Y entre ellas, una viene al caso en el presente escrito: la devoción grande que tuviéronle a Nuestra Señora, en su advocación colombiana de Virgen del Rosario de Chiquinquirá, muchos de mis parientes próximos, y muy particularmen-

(1) Celiano Monge. *Lauros* (Quito, 1910), ver la narración *Amistad y sacrificio*, pág. 27.

te mi bisabuela—hija de María de la Peña Zárate y del militar neogranadino don Pedro Rosales,—quien «dedicó los últimos minutos de su vida a impetrar el auxilio celestial de la santísima Virgen colombiana, cuya imagen miraba fijamente».

PRIMERAS NOTICIAS ACERCA DE LA VIRGEN COLOMBIANA  
DE CARÁS

Las referencias hogareñas apuntadas en las líneas precedentes, deben merecer perdón, pues sirven para explicar la alegría que experimenté en la hacienda «San Jacinto»—distrito de Nepeña, provincia de Santa, del departamento de Ancash,—cuando, de paso a la ciudad de Carás para asumir mi nuevo empleo de director del Colegio Nacional, se me contó que en tal población ancashina hay una capilla destinada al culto de Nuestra Señora de Chiquinquirá; que hay una plaza pequeña, denominada «de Chiquinquirá»; que buena porción del barrio de Arequipa es conocida como «de Chiquinquirá», y cada 20 de enero los carasinos y los pobladores de muchos kilómetros a la redonda festejan grandemente tal advocación hiperdúlica.

Persona no exenta de ilustración fue dándome otros detalles relativos a la ciudad que muy en breve pisaría yo para asumir mi flamante empleo; y, a pesar de su cultura, cuando dijele que la Virgen de Chiquinquirá es de origen colombiano y que tal circunstancia—la de encontrar motivos evocadores de Colombia en Carás—ya constituía para mí algo seductor, respondióme:

—Es así, mi doctorcito.... Así dicen.... Un sacerdote español ha afirmado que hay un pueblo en Colombia llamado Chiquinquirá, y que la imagen carasina es colombiana ...

CONOZCO LA CAPILLA CARASINA

El 30 de abril de 1917, mi madre y yo—mocito de veintitantos años—acompañado de buen número de nuevos amigos, pisamos las calles de Carás, jinetes en magníficos brutos; y ese mismo día el Vicario foráneo de la provincia de Huailas y cura rector de la parroquia de San Ildefonso de Carás, monseñor Abel Domingo Sáenz, mostróme la plazoleta y la capilla de Chiquinquirá, aunque manifestándome que a pesar de ser nacido en la población y de ejercer el curato alrededor de veinte años, no conocía el origen de la imagen, pero que sabía, sí, que es la misma que se venera en Colombia, «en un gran santuario».

BREVES APUNTACIONES ACERCA DE CARÁS

La ciudad de Carás es capital de la provincia de Huailas, comprensión del departamento de Ancash, uno de los más populosos y ricos de la República. Se halla situada a los 6°3'30" de latitud sur, y a los 80°10'0" de longitud oeste del meridiano de París. Se encuentra en la sierra, o región andina; es una de las más importantes y celebradas del renombrado Callejón o valle de Huailas, y su altura sobre el nivel del mar es de 2.237 metros (1).

Población precolonial, en sus aledaños sorpréndense restos elocuentes de diversas civilizaciones aborígenes. El inca historiador, Garcilasso de la Vega, presenta a los pobladores de este punto y demás lugares que formaron el corregimiento de Huailas, como aguerridos e indómitos, que hartas fatigas proporcionaron al general Capac Yupanqui, quien recibió del inca Pachacutec el encargo de conquistarlos.

(1) Datos tomados del *Extracto Estadístico del Perú*, 1925, Lima, 1926, por Oscar F. Arrús, director general de estadística.

Fue descubierta la población primitiva por los españoles que bajaron de la ciudad de Cajamarca hacia el sur del país con la misión de recaudar las fabulosas cantidades de oro y plata ofrecidas a Pizarro por Atahualpa, el infortunado emperador, a cambio del rescate acordado. El caserío indígena desapareció totalmente, y fue de insignificante importancia. Poco a poco, durante la dominación colonial, se fue edificando el moderno que hoy existe, y el cual se halla al pie del nevado Huandoy, de gráciles perfiles, y sobre la margen derecha del río Santa, en el fértil y ameno valle denominado, con gran propiedad, Callejón de Huailas, pues es una angosta y dilatada faja de terreno, de privilegiado clima, encerrada entre las montañas de la Cordillera Negra y de la Blanca o Nevada.

Bajo el dominio de los españoles, Carás fue cabeza o capital de partido—del partido de Atun-Huailas—, residiendo allí, durante los postreros años del virreinato, el subdelegado del Rey. El último funcionario de esta jerarquía, se llamó don Melchor Gutiérrez; fue natural de las montañas de Santander y hombre de grandes caudales; filántropo de la religión, amparo de los indios, Gutiérrez edificó una hermosa casa solariega, en la cual ofreció alojamiento a Sucre y al libertador Bolívar, cuando estos grandes próceres organizaban el ejército independiente que dio a la América el triunfo espléndido de Junín.

De acuerdo con el Reglamento Provisional que el General San Martín expidió en Huaura el 12 de febrero de 1851, a expensas de la antigua intendencia de Tarma—a la que pertenecía el partido de Atun-Huailas—se formaron dos departamentos. Uno de ellos, Huailas, cuya capital fue Huarás, y al que adjudicósele el partido de Atun-Huailas. Más tarde, el Libertador de la

Gran Colombia y el Perú, creó, en 1823, el departamento de Huánuco, dándole por capital la ciudad de León de los Caballeros de Huánuco; quedando Huatlas, con su capital, comprendido dentro de la jurisdicción de la nueva entidad política. Después de la batalla del 6 de agosto de 1824, y en homenaje a tan glorioso hecho de armas, el mismo Libertador cambió el nombre de Huánuco por el de Junín.

El pueblo, llamado, desde la Colonia San Idefonso de Carás, fue elevado a categoría de villa, por ley de 3 de junio de 1828, y a la de ciudad, por la de 16 de abril de 1861. Recuperó Carás su antigua condición de capital, al dividirse la antigua y dilatadísima provincia de Huarás, creándose la de Huailas; fenómeno que obedeció a la ley de 15 de julio de 1827. Antes de tal fecha había formado parte de la huarasina, como mero distrito, conforme a las demarcaciones, ya apuntadas, de San Martín y Bolívar, y a las posteriores del general Felipe Santiago Salaverry—de 12 de junio de 1835,—quien denominó Huailas a todo el departamento; del mariscal Santa Cruz, en octubre de 1836, y del general Gamarra, el cual, después de vencer al Protector de la Confederación Perúvioboliviana, el 20 de enero de 1839, en la batalla de Yungay o Pan de Azúcar, dio un decreto dictatorial, denominando Ancash al departamento que hasta ese día se llamó de Huailas (1).

La población, de raza blanca abundante, hállase distribuida entre la ciudad y Yanahuara, o sea la inmediata campiña, «hermosísima y tan plana como una mesa de billar». Puede calcularse el número de habitantes en

(1) Con provecho puede consultarse la obra de *Carlos J. Bachmann*: «Historia de la Demarcación Política del Perú» (Lima, 1905). También puede verse el libro del autor de estos apuntes: «Tierra de Promisión: Chimbote» (Lima, 1924).

unos 10.000, que hablan indisintamente la lengua española y el quechua chinchasuyo. Cuenta la ciudad con buenos edificios y hermosas avenidas; templos—uno de ellos, en construcción, totalmente de piedra y con magnitud de basilica.—Posee un buen colegio nacional, excelentes locales para escuelas oficiales, un hospital de beneficencia, hoteles, clubs sociales y deportivos, numerosos ingenios metalúrgicos, alumbrado eléctrico, agua agradabilísima. Las casas son, en su mayoría, amplias, de grandes patios, muchos de ellos primorosamente empedrados. El parque «28 de julio» y la plazoleta de Chiquinquirá, recientemente remozada, dan gran realce a la población y trasuntan los anhelos de todo el vecindario por su progreso rápido, el cual se hace inminente con el arribo próximo a Carás, de las paralelas de fierro.

#### CAUTIVADORA VISIÓN DE LA NATURALEZA

Recuerdo aún, con verdadera emoción, el espectáculo grandioso que se nos presentó a la vista aquella clara mañana del 30 de abril de 1917, cuando, desde lo más elevado del Chacay, mi madre y yo columbramos, a lo lejos, formando horizonte, la inmensa cadena de montañas que constituyen la Cordillera Blanca, recubierta toda ella por manto de purísima nieve y semejando una teoría de vírgenes implorando, de hinojos, el favor celestial. Acá, y en lo más profundo del valle, una serpiente argentada, delgadísima, sinuosa—el río Santa—parecíamos que iba retando con sordos bramidos, por entre la lujuria de mil matices verdes, con alguna que otra mancha amarilla u oro. Cabe el río imponente, un conjunto de casitas, evocadoras de los retablos de Navidad, con sus tejados bermejos y brillantes a los rayos de un sol espléndido: era la villa de Pueblo Libre, la cuna del ignorado Chaves, de aquel Chaves, olvidado

en la Historia, que dio el grito de libertad mucho antes que tarneños o lambayecanos, trujillanos o hijos de Ica. Arriba, un azul sin máculas, despejado en lo absoluto.... Y conforme recorríamos los peligrosos zigzag del descenso lento, contemplábamos, absortos, el valle exuberante, competidor, en paisajes, de la pintoresca Suiza, o íbamos observando a los gañanes, pastores y arrieros, entregados a la faena monótona cotidiana, o los primeros vestigios de Carás; los campanarios de la iglesia del Carmen y las chimeneas esbeltas de sus distintos «ingenios». Ya en el llano, por entre «fincas» bien tenidas, y arrullados por la música de la fauna ornitológica, avanzaban los cuadrúpedos, atravesando cañaverales, huertas, parcelas pequeñas que roturaba algún indígena; y dejábamos atrás, bandadas de mariposas y otros insectos de colores múltiples, miradores y blancas casitas esparcidas a lo largo de la extensa campiña.

Piafantes las cabalgaduras, trasuntando alegría porque se aproximaban a su querencia, por fin, entramos a Carás, la ciudad en que llegué a residir seis años de mi vida, cautivado eternamente con esa naturaleza que me suscitaba el recuerdo del poético, eglógico valle del Cauca, cantado por Isaacs en su novela perdurable.

La entrada a la población ancashina provocó en mí fortísima impresión, seducido como encontrábame por la novedad de hallar en ella palpitaciones de la tierra colombiana, de la tierra de mis mayores.... ¡Allí se veneraba a la Virgen de Chiquinquirá!

A poca distancia de la capital de Huailas—14 kilómetros—está la ciudad de Yungay, en la que conocí a quien es hoy la compañera de mi vida. Acerca de Yungay dijo Abelardo Gamarra—el delicioso criollista *El Turante*—«rinconcito de las hermosas», dije de las ciu-

dades, canastillo de flores, joyel o pebetero del valle». Ubicada encuéntrase la capital yungaina, sultana soberbia, a los pies del majestuoso y bicéfalo Huascarán, nevado altísimo, de múltiples iridescencias como efecto del sol occiduo o de la luna que asoma por entre sus dos antenas...

Hoy, en 1927, ¡cuán distinta la vida en aquellas poblaciones, silenciosas entonces, del Callejón de Huailas! Ya conocen las galas de la locomoción automóvil y se deslizan por hermosas carreteras los Hudson, los Cadillac y los Ford. El ferrocarril hállase en vísperas de revolucionarlas más aún, lo que suscitará la propulsión de las actividades arcaicas de sus mineros y agricultores, y sus materias primas sin cuenta, serán la base de multitud de industrias que habrán de redimir al Perú.

#### UNA HIPÓTESIS.—MIS PRIMERAS INVESTIGACIONES EN EL CALLEJÓN DE HUAILAS

Cuando marché al departamento de Ancash, renuncié en Lima la subdirección de *El Perú*, gran rotativo de dos ediciones diarias, cuya dirección ejercía el doctor Víctor M. Maúrtua, actualmente enviado extraordinario y ministro plenipotenciario nuestro en Río de Janeiro. Y habituado como estaba a la actividad febril del periodismo, no bien me hice cargo de mi empleo procedí a revisar el archivo parroquial de Carás, el del Concejo y los dos notariales, tanto el de don Celso Víctor Torres como el de don Benjamín Olivera.

Muy pocos datos obtuve. Y de ellos no se desprendía ningún rayo de luz para descubrir el origen de la Virgen colombiana en una provincia de mi patria.

Meses después me trasladé a Yungay. Allí, en la iglesia de Santo Domingo, sorprendí otra imagen de la

Virgen de Chiquinquirá. Y entonces forjé una hipótesis acerca de la posible introducción del cuadro, tanto en Carás como en Yungay, por los religiosos dominicos, fundadores del convento y de la iglesia de Yungay, ya que la advocación de Nuestra Señora del Rosario—que tal es la imagen boyacense—es netamente dominicana.

De una vez diré que el convento de Santo Domingo de la capital del Huascarán, fue fundado en el siglo XVI. Lo comprueba la circunstancia de que aparezca mencionado por Juan Meléndez—el primer cronista del orden dominicano en el Perú,—en su obra *Tesoros verdaderos de Indias*, al dar cuenta del tercer capítulo que, en 1553, se celebró en Lima, ocupando dicho convento o residencia del «Corregimiento de Huailas», el décimotercer lugar (4). El mismo cronista conventual, en la página 318 del primer volumen de su obra, asegura que en 1565 al convento de Yungay se le agregaron siete nuevos religiosos.

Y también dejaré consignado, ya que refiérome a datos de Meléndez, que según testimonio del mismo fraile cronista entre los años de 1550 a 1681, los dominicanos fundaron en lo que se denominó corregimiento de Huailas, las siguientes parroquias: Carhuás, Atun-Huailas, Carás, Pariacoto, Macate, Moro, Santa Ana, Huari del Rey, Huántar y Chavín (5).

Volviendo a mi hipótesis, se ve, por los datos que anteceden, que tiene base, pudiendo afirmarse, casi rotundamente, que algunos de los hijos de Santo Domin-

(1) Juan Meléndez. *Tesoros verdaderos de Indias*, pág. 318 del tomo I (Roma, 1681).

(2) Meléndez. Op. y vol. cits., pág. 604.

go, antiguo residente en Chiquinquirá, obtuvo copia del lienzo allí venerado, trayéndolo consigo al Perú.

Empero, los dominicos suprimieron el convento de Yungay, y se retiraron de las diversas parroquias que en ese lejano corregimiento regentaban, desapareciendo el culto por muchas décadas—diez o quince—de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.

Sólo en tiempos de la Revolución y de la República, vino a renacer, fervoroso, y solamente en Carás.

¿Cómo se produjo el fenómeno? Ya lo veremos....

Conozcamos, antes, algo relativo a la imagen de Nuestra Señora del Rosario en Chiquinquirá, imagen que existe desde 1570, y que es venerada desde 1580, habiendo constituido a Chiquinquirá en la ciudad santa, que vino a reemplazar a la de Iraca de los Chibchas.

#### CHIQUINQUIRÁ

Al norte del departamento colombiano de Cundinamarca, hállase el de Boyacá, a una de cuyas provincias—la de Occidente—pertenece Chiquinquirá, población cuyo número de almas cálculase hoy en unas 15.000. La ciudad, rodeada de amenas praderas, tiene clima templado agradabilísimo. Ostenta escuelas y colegios, a cargo de religiosos; tres hermosas plazas, hoteles y hospederías para los romeros, hospital, una fábrica de pólvora y varios templos, entre éstos el dedicado a la prodigiosa imagen, y que está considerado como «uno de los mejores de la América del Sur». Los habitantes dedícanse a la agricultura y a la crianza de ganado vacuno y caballar, y no pocos de ellos a la fabricación de objetos curiosos, que adquieren los peregrinos que, en agosto y diciembre de cada año, por millares, trasládanse a la ciudad boyacense.

En 1813 implantóse allí el primer establecimiento de enseñanza, con cátedras de Matemáticas y Física, gracias a donación que el sacerdote don Antonio Panagua hizo, de una hacienda y de rentas para el sostenimiento de esa casa de estudios.

El nombre de la ciudad es de origen chibcha, y quiere decir «lugar pantanoso y cubierto de niebla». El libro *Peregrinación de Alpha* dice que cuando los españoles llegaron al valle, éste «era entonces desapacible, rodeado de hosques y cubierto de nieblas, de donde le viene el nombre chibcha que lleva» (1). Domina la población el alto pico de Guacamaya, de 3.500 metros de altura. Por Chiquinquirá pasa el ferrocarril del Norte, siendo el lugar, en consecuencia, estación del tránsito.

#### EL PORTENTO

Desde la llegada de los conquistadores a Tierra firme o Nueva Granada, comenzaron a fluir religiosos de órdenes diversos, entre ellos los hijos del santo patriarca Domingo de Guzmán. Dos, fray Domingo de Cárdenas y fray Antonio de Sevilla, asumieron la administración de todos los pueblos del partido de Sáchica (2), propagando de esa manera el culto de las glorias dominicanas, y muy particularmente la devoción del Rosario, en recuerdo de la visión tenida por Santo Domingo.

Chiquinquirá correspondióle en repartimiento y encomienda, al conquistador don Antonio de Santa Ana, uno

(1) Isidoro Laverde Amaya. *Un viaje a Venezuela* (Bogotá, 1889), pág. 18.

(2) *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, de Espasa, vol. XVII. Voz Chiquinquirá.

de los compañeros de Gonzalo Jiménez de Quesada. Santa Ana, procedió a construir su casa y capilla; y, en el deseo de adornar esta última con algunas imágenes, dispuso que Alonso de Narváez, pintor de Tunja, «le dibujara una imagen de la Virgen del Rosario». Ocurrió esto «por los años de 1570», según afirma el autor de *Peregrinación de Alpha*. Sigue diciendo la misma narración: «Narváez tomó una manta de algodón, tejido indígena, de vara y cuarta de alto y vara y tres cuartas de ancho, y, pintada la Virgen en el centro, como viese que le quedaba mucho espacio blanco a los lados, los llenó con las efigies de San Andrés y San Antonio, poniendo ésta a la derecha de la Virgen en obsequio del encomendero, quien pagó por el cuadro veinte pesos de oro» (1). La tradición no dice por qué escogió el pintor a San Andrés para colocarlo a la izquierda de Nuestra Señora.

La pintura, hecha al temple, fue trasladada a la capilla de don Antonio, el encomendero. «Era un rancho de paja de vara en tierra, en el cual se solía orar de día, y de noche se recogían a dormir los cerdos y las gallinas» (2). Tan desdichado tratamiento tuvo el corolario que era de esperarse. El lienzo deterioróse tanto, que se rompió en varios puntos y la pintura comenzó a desprenderse, dejando ver el burdo tejido de la tela.

Así se estuvo el cuadro, ya sin mérito alguno, tirado en un rincón del ranchito de paja, hasta el año de

(1) El libro *Peregrinación de Alpha*, escrito por uno de los Ancizar, si no estoy mal informado, no lo he podido consultar, ni lo conozco. Pero en la obra de Isidoro Laverde Amaya, titulada *Un viaje a Venezuela* (Bogotá, 1889), he encontrado una parte de ella, allí transcrita. Precisamente la que contiene lo que interesa para este trabajo.

(2) Tomado de la obra a que se refiere la cita anterior.

1586. que llegaron de la Península un sobrino de Santa Ana—según don José Manuel Groot (1),—llamado don Francisco Aguilar Santa Ana, y doña María Ramos, que venía en pos de su marido, don Pedro de Santa Ana, hermano del encomendero don Antonio. Doña María, española piadosa y muy devota de la advocación dominicana de la Virgen, halló el maltrecho lienzo; procedió a quitarle el polvo y las telarañas que lo cubrían y, en familia, rezaba diariamente, ante él, las oraciones que componen el rosario.

(1) En su obra *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*.

(Concluirá)

## AVISO

Hago saber a los señores suscriptores y demás interesados en la Revista, que con todo gusto los atenderé en la sala de espera del Colegio, todos los días de 12 a 1 p. m. y de 3½ a 4½ p. m.

Samuel Barrientos Restrepo  
Administrador

## REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora  
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—  
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$	0.20
Suscripción por año (adelantada)...	2.00
Número atrasado.....	0.30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico